



"El saber de mis hijos
hará mi grandeza"

Dr. Alejandro
Mungaray Lagarda
DOCTORADO HONORIS CAUSA



"El saber de mis hijos
hará mi grandeza"

Universidad de Sonora

Dr. Heriberto Grijalva Monteverde
Rector

Dr. Enrique Velázquez Contreras
Secretario general Académico

M. C. María Magdalena González Agramón
Secretaria general Administrativa

M. A. Guadalupe Sánchez Soto
Secretaria general de Finanzas

Dra. Guadalupe García de León Peñúñuri
Vicerrectora de la Unidad Regional Centro

Dra. Luz Haydee Cruz Morales
Vicerrectora de la Unidad Regional Sur

M.C. Luis Enrique Riojas Duarte
Vicerrector de la Unidad Regional Norte

Ceremonia de entrega de
Doctorado Honoris Causa
al Dr. Alejandro Mungaray Lagarda

CEREMONIA DE ENTREGA
DE *DOCTORADO HONORIS CAUSA*
DE LA UNIVERSIDAD DE SONORA

CEREMONIA DE INVESTIDURA Y DISCURSO DE RESPUESTA.
DR. ALEJANDRO MUNGARAY LAGARDA

PROGRAMA (1 DE SEPTIEMBRE DE 2016)

- Bienvenida y presentación de autoridades.
- Lectura del acta de la sesión ordinaria del H. Colegio Académico y semblanza del Dr. Alejandro Mungaray Lagarda, por el director de la División de Ciencias Económicas y Administrativas, M.C. Florencio Rafael Pérez Ríos.
- Entrega de *Doctorado Honoris Causa* por el Dr. Heriberto Grijalva Monteverde, rector de la Universidad de Sonora.
- Entrega de Medalla de Honoris Causa.
- Palabras del Dr. Alejandro Mungaray Lagarda.
- Mensaje del Dr. Heriberto Grijalva Monteverde, rector de la Universidad de Sonora.

PRESIDIUM

- Dr. Heriberto Grijalva Monteverde, rector de la Universidad de Sonora.
- Dr. Alejandro Mungaray Lagarda, doctor en economía.
- Lic. Jesús Contreras Ayala, presidente en Turno de la H. Junta Universitaria.
- M. A. Guadalupe Sánchez Soto, secretaria general de Finanzas.
- M. C. María Magdalena González Agramón, secretaria general Administrativa.
- Dr. Enrique Velázquez Contreras, secretario general Académico.
- Dra. Guadalupe García de León Peñúñuri, vicerrectora de la Unidad Regional Centro.
- Dra. Luz Haydee Cruz Morales, vicerrectora de la Unidad Regional Sur.
- M.C. Luis Enrique Riojas Duarte, vicerrector de la Unidad Regional Norte.

Otros rectores asistentes al evento:

- Dr. Juan Manuel Ocegueda Hernández, rector de la UABC.
- Dr. Gustavo Rodolfo Cruz Chávez, rector de la UABCs.
- Dra. Gabriela Grijalva Monteverde, rectora de El Colson.

CEREMONIA DE INVESTIDURA
DE *DOCTORADO HONORIS CAUSA*
DE LA UNIVERSIDAD DE SONORA

PREÁMBULO POR EL M. C. FLORENCIO RAFAEL PÉREZ RÍOS,
DIRECTOR DE LA DIVISIÓN DE CIENCIAS ECONÓMICAS
Y ADMINISTRATIVAS DE LA UNIVERSIDAD DE SONORA

Con gusto saludo al Dr. Alejandro Mungaray Lagarda, a quien en este día se le otorgará la más alta distinción de nuestra institución, al Dr. Heriberto Grijalva Monteverde, rector de la Universidad de Sonora y a las demás personalidades que nos acompañan en el presidium, así como a los invitados de otras instituciones, a los académicos, estudiantes, trabajadores y al público en general.

A partir de una iniciativa de los académicos del Departamento de Economía, el Consejo Divisional de la División de Ciencias Económicas y Administrativas acordó presentar ante el Colegio Académico la propuesta de otorgar el grado de *Doctor Honoris Causa* de la Universidad de Sonora al Dr. Alejandro Mungaray Lagarda.

A partir de ello, dicho órgano colegiado, en su sesión del 6 de mayo de 2016, tomó el acuerdo 04-144/2016, de “otorgar la distinción de *Doctor Honoris Causa* al Dr. Alejandro Mungaray Lagarda”.

A continuación me permito exponer ante ustedes una semblanza de nuestro homenajeado.

El Dr. Alejandro Mungaray Lagarda es hijo del profesor Alejandro Mungaray Verdugo, originario de Magdalena y de la señora Elia Micaela Lagarda Juzaino, originaria de Navojoa, y nació en Guaymas, Sonora, ciudad donde desarrolló sus estudios de nivel básico en el Colegio Navarrete y de nivel medio superior en el Cecyt 200 y en la que vivió hasta el año 1977, en que por azares del destino partió a Baja California a continuar sus estudios de nivel superior.

Estudió la licenciatura en economía en la Universidad Autónoma de Baja California, casa de estudios en que, posterior a ello, ingresó a trabajar como profesor y que, desde entonces, se convirtió en el centro de desarrollo de su actividad académica y profesional, y de la cual llegó a ser rector. En Baja California conoció a su actual esposa la Dra. Patricia Moctezuma Hernández con quien procreó dos hijos: la Dra. Ana Bárbara y el Dr. Alejandro Mungaray Moctezuma, quienes junto a sus nietos Alejandro, José María, Miguel Santiago y Gaél Gerardo, representan para él su mayor orgullo.

Por lo anterior es fácil entender cómo Baja California se convirtió en su estado de residencia permanente, pero quienes tenemos la fortuna de conocerlo personalmente sabemos que el Dr. Mungaray además de ser sonorenses por nacimiento lo sigue siendo por convicción y añoranza.

La trayectoria profesional y académica del Dr. Alejandro Mungaray Lagarda es muy amplia, abarca diversas facetas como la de profesor, investigador, articulista, directivo universitario, consultor y funcionario de entidades estatales y federales.

Ha participado activamente en la formación de recursos humanos especializados, a nivel licenciatura y posgrado en diversas universidades del país y del extranjero (Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma de Baja California, Universidad Autónoma de Nayarit, Universidad Autónoma de Zacatecas, Universidad de Pomona, El Colegio de la Frontera Norte, Universidad Jonkoping, Universidad de Castilla La Mancha y Universidad Estatal de Diego, entre otras). Ha sido director de 21 tesis de licenciatura, 33 de maestría y 30 de doctorado.

Ha desarrollado una amplia labor de investigación, que se ha reflejado en la coordinación de 13 proyectos de investigación y la participación como investigador asociado de seis más. También ha realizado diversas estancias de investigación en universidades y organismos de Francia, Suiza, Inglaterra, Bélgica, Suecia, España y Estados Unidos. Actualmente cuenta con la distinción de ser miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel III, del Conacyt.

En la extensa productividad académica, que se manifiesta en la autoría, coautoría o edición de 41 libros de investigación y docencia, 43 capítulos de libros y 97 artículos científicos en revistas indexadas y con arbitraje, se pueden apreciar las contribuciones que ha tenido sobre distintas temáticas de la ciencias económicas, entre ellas, sus aportes a la macroeconomía y microeconomía, y en particular sobre los fundamentos de las micro, pequeñas y medianas empresas. Asimismo, destacan sus estudios sobre economía fronteriza, empleo, distribución del ingreso, pobreza y política industrial.

Ha contribuido de manera decisiva en el ámbito de la educación superior, la ciencia y la tecnología, tanto a través de los distintos cargos que ha desempeñado (secretario académico de la ANUIES, miembro fundador de los CIEES, director adjunto del Co-

nacyt y rector de la Universidad Autónoma de Baja California, entre otros), así como a nivel de investigación, misma que se ha reflejado en gran cantidad de publicaciones con esa temática.

Como se puede apreciar en esta breve reseña de su extensa actividad académica y profesional, el Dr. Alejandro Mungaray Lagarda es un economista con una trayectoria excepcional, con importantes contribuciones a la ciencia económica desde la perspectiva de la región y a la educación superior, la ciencia y la tecnología.

Aun con ello, lo más destacable en él son sus extraordinarias cualidades personales: su calidad y calidez humana, su sencillez en el trato, su don de gentes, su visión solidaria de la vida y su apoyo permanente y desinteresado a todos los que se acercan para trabajar y aprender con él.

Por todo ello, es un gran acierto por parte del Colegio Académico haber aprobado tal distinción, que honra al Dr. Mungaray, que lo une de manera permanente a la institución y que honra a la propia Universidad de Sonora al tener ahora entre sus hijos a un destacado científico y a una persona de extraordinaria calidad humana.

Muchas felicidades, Dr. Alejandro Mungaray Lagarda, muchas felicidades Universidad de Sonora.



Momento en que el rector de la Unison entrega el reconocimiento y la medalla Honoris Causa.

DISCURSO DE RESPUESTA. DR. ALEJANDRO MUNGARAY
LAGARDA

Muy estimado rector de la Universidad de Sonora, Dr. Heriberto Grijalva Monteverde.

Lic. Jesús Contreras Ayala, presidente en turno de la Honorable Junta Universitaria.

Dr. Enrique Velázquez Contreras, secretario general académico.

Mtra. Guadalupe Sánchez Soto, secretaria general de finanzas.

Mtra. María Magdalena González Agramón, secretaria general administrativa.

Dra. Guadalupe García de León Peñúñuri, vicerrectora de la Unidad Regional Centro.

Dra. Luz Haydee Cruz Morales, vicerrectora de la Unidad Regional Sur.

Mtro. Luis Enrique Rojas Duarte, vicerrector de la Unidad Regional Norte.

Dr. Juan Manuel Ocegueda Hernández, muy apreciado rector de la Universidad Autónoma de Baja California.

Dr. Gustavo Rodolfo Cruz Chávez, rector de la Universidad Autónoma de Baja California Sur.

Dra. Gabriela Grijalva Monteverde, rectora de El Colegio de Sonora.

Queridos amigos y adorada familia. Tomar la decisión de estudiar economía en 1977 fue todo un reto personal, familiar y social, pues nadie de mi entorno comunitario de Guaymas sabía a ciencia cierta qué era eso. La fuerza de mis argumentos descansaba en haber escuchado la historia de cómo el Ingenio El Cora, en Villa Hidalgo, Nayarit, se había salvado de ser cerrado cuando ya no fue posible vivir del cultivo de la caña, gracias a que economistas del gobierno federal

enseñaron a la gente nuevas actividades para que pudieran seguir viviendo en su tierra. Eso conectó mi mente con mi corazón, en la idea de que el economista tenía un gran espacio para ayudar a los demás.

Más allá de la escuela, mi padre había venido haciendo un gran trabajo como mi principal maestro de la vida. En el monte me enseñó el difícil arte de aprender a aprovechar el camino andado por otros y a respetar la naturaleza. También me enseñó el arte de estudiar los detalles del entorno en el terreno y la vegetación para tener mayores probabilidades de éxito, aún en una sierra tan desafiante como El Bacatete y un desierto tan duro como el de la costa de Sonora. Solía decir que tan importante era lograr una presa como regresar a casa; que si lograr el objetivo te impedía regresar, entonces el objetivo principal era regresar.

El arte de permanecer en silencio observando faldas de cerros desde riscos opuestos, tratando de detectar el menor ruido y movimiento fuera de lugar, o aprovechando el horizonte y los sonidos del mar para poner en orden las ideas y pensar hasta donde ir o quedarse, eran uno de los grandes desafíos cuando fui adolescente. De vez en cuando reforzaba mi aprendizaje, diciéndome que aprovechara que tenía dos oídos siempre abiertos y una boca que podía mantener cerrada cuando yo decidiera. Años después, a mi amigo Juan Carlos Romero Hicks, le escuché decir que si Dios o la naturaleza hubieran querido que habláramos más de lo que escuchamos, nos habría dado dos bocas y una oreja. La charla sobre el tema siempre terminaba en la reflexión de que los seres humanos solíamos hablar más de lo que escuchábamos, dando lugar a comunicaciones a medias, a falta de entendimiento y a conflictos de diferentes magnitudes.

Mi padre decía que el arte de controlar el enojo, la soberbia y la envidia era el más difícil y siempre le gustó el deporte como espacio de aprendizaje, pues tenía la idea de que a las palabras

se las llevaba el viento y, en el mejor de los casos, entraban por un oído y salían por el otro. Gracias a sus consejos, en el fútbol hubo que correr y servir más, apoyando desde media cancha a defensas y delanteros; en el basquetbol, hubo que correr rápido para hacer una defensa inteligente, aunque me anotaran, y para estar a tiempo en el eventual rebote de un tiro fallido, aunque se volviera a fallar; en las competencias de atletismo, siempre hubo que felicitar a quienes no ganaban, porque gracias a ellos, decía, había hecho mi mejor esfuerzo para ganar. También había que felicitar al que había ganado, porque además de reconocer que lo había hecho mejor, había que agradecerle, con humildad, la oportunidad de darme cuenta que pude haberlo hecho mejor y no lo hice. En su momento, era bastante difícil entender todo esto, pero siempre hubo el tiempo suficiente para que todos los valores sembrados por sus enseñanzas germinaran en mi forma de ser y crecer como persona y economista. Con frecuencia pienso que la escuela familiar fue la mejor parte de mi educación, pues me permitió crecer sin miedo y asumir la vida como un bello espacio de retos, aprendizaje y oportunidades.

Intenté ser economista por la Unison y no tuve suerte por los intensos movimientos estudiantiles. Así que en agosto de 1977 llegué a la UABC lleno de ilusiones y nerviosismo. Ni siquiera me di cuenta cuando ya estaba envuelto en tomas de escuelas y huelgas estudiantiles, primero, y sindicales, después. Que difícil era estudiar en un ambiente de conflicto y corrupción, donde al menor descuido aparecía la denigrante figura del ocho democrático. Pero de distintas formas y niveles, la mayoría de mis profesores fueron buenos y responsables, aunque por el ambiente de la época era difícil apreciar el esfuerzo que realizaban. Fernando Jiménez Codinach con teoría de la producción, Francisco Soto

Angli con pensar por cuenta propia y José Guadalupe Osuna Millán con la primera responsabilidad como ayudante de profesor, dejaron una profunda huella en mí.

Durante esa época de formación como economista en la UABC, si algo sostenía mi fortaleza para seguir adelante ante las dificultades institucionales y las carencias personales fueron los ejemplos y consejos de mi padre, los alientos de mis maestros y el amor de la familia que formé con Patricia Moctezuma siendo estudiantes. Fue amor a primera vista y el debate que desde entonces sostenemos por cualquier tema terminó madurando mi sentido de equilibrio profesional que tanto me ha ayudado para afrontar las responsabilidades que en la vida he debido asumir.

Conforme pasaba el tiempo y las cosas mejoraban, fui agradeciendo cada vez más las lecciones de mi padre, pero a la vez fue creciendo mi curiosidad por entender porqué algunos de mis maestros me habían dedicado tanta atención personal, incluso con sinceras y profundas muestras de cariño, que me mantuvieron cerca de ellos como si fuéramos familia. Han sido los casos de mi querido maestro y tutor doctoral en el posgrado en economía de la UNAM, Clemente Ruiz Durán, quien tanta influencia ha tenido en mi formación como economista social y regional; y de James W. Wilkie, quien fuera mi tutor posdoctoral en UCLA, donde la perspectiva histórica en el análisis económico y social se convirtieron en parte de mi personalidad.

La *Enciclopedia Temática Quillet* de mi infancia, que aún conservo, y los motivadores textos de economía y ciencias sociales que me han venido nutriendo, me ayudaron a entender que a diferencia de los pacientes libros, los maestros, aún sin proponérselo, terminaban ejerciendo una paternidad no biológica sobre aquellos estudiantes que lograban motivar, a tal punto que los llegaban a

querer con el cariño de padres, con todo y las discusiones. Esto se debe a que mientras los hijos son producto del amor para la más sagrada y profunda trascendencia personal, los hijos académicos se acercan de manera voluntaria para admirar, aprender, continuar y mejorar las causas intelectuales y sociales que intersectan los caminos entre maestro y alumno. El factor común entre hijos y discípulos es que, a pesar de ser beneficiarios de todo tipo de apoyos, oportunidades, cariño, tiempo y orientaciones, son los principales críticos de nuestros actos como padres y maestros.

Ser profesor y guía de nuevas generaciones de estudiantes y generar conocimiento a través de una investigación profesional dejó de ser suficiente y, a partir de los años de 1990, me empezó a preocupar que esfuerzos educativos menos articulados en instituciones particulares generaran un concepto de calidad asociado a la capacidad de tener dinero para pagar por los servicios educativos. Era una época de gran confusión social, pues el esfuerzo particular, sin serlo, se veía de calidad y el esfuerzo público, bueno y experimentado, se calificaba de mala calidad. La trampa de la percepción social estaba echada y la desconfianza hacia la educación pública descalificaba cualquier tipo de respuesta. A eso se sumó que muchos gobiernos estatales y entidades del gobierno federal, con tal de evitar invertir en un sistema de universidades públicas estatales, mayoritariamente autónomo que no podían controlar, ni debían, diseminó la idea de que ante la mala calidad de las instituciones públicas, el futuro de la educación superior debería ser por la vía del esfuerzo particular.

Lo cierto es que la desinversión en capital humano a nivel de la educación superior durante los años de 1980, limitó el crecimiento económico mexicano y una mejor perspectiva de su distribución; y, antes que aceptar este fallo estructural de origen gubernamental,

pusieron a la educación pública en el banquillo de los acusados y a la educación particular como solución a todos los problemas. Afortunadamente, los ciudadanos decidieron que el 2000 era tiempo de hacer cambios políticos de fondo y lo público, que sirve a la mayoría de la población mexicana, volvió a desarrollar su gran potencial y ocupar el lugar que le corresponde. Sin embargo, todavía tendrán que pasar algunos años más para que se pueda generar mayor acceso a la creciente cantidad de jóvenes que demandan una educación con calidad reconocida; y aún más para que el importante crecimiento de las matrículas universitarias durante los últimos 15 años tenga sus impactos comunitarios más visibles a través de sus egresados.

¿Quién de nuestra generación no recuerda la expresión de “no ofrecemos doctorados porque no tenemos doctores y no tenemos doctores porque no ofrecemos doctorados”? ¿Cómo acreditar la competitividad y calidad de los profesores que enseñaban economía y deseaban profundizar en el conocimiento especializado de nuestras realidades económicas, si no era fácil calificarse al más alto nivel y cerrar el ciclo formativo que nuestras vocaciones requerían?

Había que hacer un esfuerzo adicional a lo que hacíamos para romper las inercias que nos tenían atrapados, pero había que hacerlo a mayor velocidad, pues la concentración de los programas doctorales y los fondos de investigación de la época en el Distrito Federal tenían ritmos y prioridades diferentes a nuestras realidades regionales. Por ello, a fines de los años de 1990, empecé a construir dos proyectos, a los cuales decidí que podría entregar mi trabajo académico y profesional, en congruencia con mi forma de vivir y concebir la ayuda a los demás.

El primero fue la creación del programa de maestría y doctorado en ciencias económicas de la UABC, el cual se concibió

pensando en las necesidades de formación e investigación del noroeste del país. Me asombraba el hecho de que, a pesar de la nobleza de sus propósitos, contara con muy pocos amigos, tanto en mi institución como en otros ámbitos; tan pocos, que más complejo que la moderna y sencilla concepción académica internacionalmente referida, construida durante mi estancia posdoctoral en UCLA, lo ha sido su organización social. Para superar las diez mil razones de no hacerlo hubo que tejer sueños cooperativos con brillantes economistas de gran corazón, como Noé Fuentes, de El Colef, Nestor Ruiz, de Calpoly Pomona, James Gerber, de San Diego State University, Juan Ignacio Palacio y Carlos Álvarez Aledo, de la Universidad de Castilla La Mancha, Clemente Ruiz Durán, de la UNAM y James Wilkie, de UCLA. Fueron ellos, amigos de causa y maestros cariñosos los que, con gran confianza y solidaridad, corrieron el riesgo de que el esfuerzo de Sonia Lugo, que en paz descansa, Juan Manuel Ocegueda, Óscar Castillo y su servidor, no funcionara. A pesar de ello, decidimos que el infalible método de exigencia y cariño fuera la fórmula pedagógica dominante y que, por tanto, solo estudiantes altamente motivados y preferentemente con experiencia docente fueran aceptados para empezar a construir una escuela regional de pensamiento económico plural, con la cual todos estuviéramos crecientemente satisfechos y legítimamente orgullosos en el futuro. Así empezó esta innovación educativa que se convirtiera en el primer doctorado de ciencias económicas en el nivel de competencia internacional del Padrón Nacional de Posgrados de Calidad del Conacyt que hoy ha generado poco más de 100 doctores en ciencias económicas para las instituciones de educación superior del país y de América Latina, 20 de los cuales se desempeñan sobresalien-

temente en las instituciones educativas de Sonora. La mitad de sus egresados pertenece al Sistema Nacional de Investigadores, 10 ejercen funciones directivas en áreas académicas y de gestión y tres han sido rectores en prestigiadas instituciones de educación superior.

El segundo gran proyecto fue la línea de investigación política industrial para microempresas a través del servicio social universitario. Desde sus inicios se orientó a entender la lógica humana y económica que motiva el emprendimiento entre la gente pobre de nuestra patria, a través de sus microempresas y a pesar de la informalidad en que se desempeñan. También se ha caracterizado por ser una actividad de extensionismo solidario de estudiantes avanzados de ciencias económicas y administrativas, al servicio de los microempresarios con mayores niveles de marginación. Con el tiempo, aprendimos que el modelo contribuía a la movilidad social de los jóvenes, a partir de aprender ayudando a quienes más lo necesitan, dando lugar a una formación profesional que aumentaba su calidad, conforme aumentaba el nivel de responsabilidad y solidaridad de los estudiantes con los microempresarios. De hecho, al ayudarlos a mejorar su productividad y organización aprendimos todos, maestros y alumnos, que podrían tener beneficios económicos y de aprendizaje similares a los que obtendrían si les fuera posible financiar por sí mismos, la capacitación, investigación y el desarrollo de sus actividades.

¿Se imaginan la impresión de todos nosotros al darnos cuenta de que los miles de microempresarios que generan tantos empleos en el país no vivían mejor de sus esfuerzos debido a sus carencias educativas y a la falta de apoyo solidario de los gobiernos o los organismos empresariales? Ello nos regaló la convicción de que los esfuerzos universitarios por inculcar una actitud de reciprocidad en-

tre los estudiantes hacia quienes menos tienen podrían compensar las ausencias gubernamentales y empresariales hacia las microempresas pobres de la otra economía marginada de la innovación y el progreso técnico. Cualquiera que sea lo que motivara la participación de los estudiantes en el programa, al final de sus servicios sociales, muchos nos decían que ayudando a las microempresas pobres a mejorar aprendían más que estando sentados en el salón de clases escuchando a sus queridos profesores. Con ello se transformaban para siempre, y sin saberlo nos fueron transformando a sus maestros. En sus 15 años de vigencia y en las múltiples formas que ha asumido, ha recibido apoyo de Fundación Ford, OEA, Unión Europea, Conacyt, ANUIES; e incluso llegó a ser una política pública de gran efectividad económica y sentido humano en Baja California, ante el masivo desempleo generado por las grandes empresas para optimizar sus pérdidas durante la crisis del 2008. Alrededor de dos mil estudiantes de distintas universidades del país, Centroamérica y España han participado para apoyar la mejora y formalidad de alrededor de 14 mil microempresas, muchas de las cuales están incubando hoy, las que el día de mañana serán líderes de sus sectores de actividad en distintas partes del país.

Como todos, me eduqué en la vieja y aun dominante idea de que para distribuir un pastel, primero hay que hacerlo. Esto se origina en el principio de que no puedes consumir lo que no produces. Esto que suena tan simple, en sociedades o comunidades con alta concentración del ingreso, es retórica. ¿Cómo crecer si no tienes los medios para producir? ¿Cómo obtenerlos si todo tiene dueño y los apoyos compensatorios son limitados y confusos? ¿Cómo estimular los esfuerzos de todos, si los dueños de tanto son tan pocos? A pesar de haber tenido las oportunidades educativas en los más altos niveles posibles, no logré avanzar en la generación de nuevo

conocimiento útil y relevante para la vida, hasta que me conecté de nuevo con mi sentido común, ese que dejé atrás por muchos años para educarme como economista. Con base en ello y la observación de que todos los empoderamientos sin compensación generan concentración de recursos, oportunidades y riqueza, hace años decidí orientar mi vida profesional en la búsqueda de la compleja lógica social de cómo darle la oportunidad a la idea, con todos los riesgos que ello pudiera tener, de que hay que distribuir para crecer. Creo que a estas alturas del desarrollo de nuestro país y sus regiones, esta hipótesis o creencia fundada, como amablemente me dicen algunos amigos, podría ser un punto de partida útil para abrir nuevos ciclos de emprendimiento, crecimiento económico y equidad social.

¿Cómo puede el empleo decente ser generador de bienestar, si los salarios que predominan entre los empleos del mundo y del país son tan bajos? Los altos sueldos que se obtienen en algunos puestos de las empresas, el gobierno y otras instituciones, son relativamente pocos y sin duda inhiben la cultura emprendedora cuando los micro y pequeños empresarios de la otra economía obtienen ingresos mucho menores. Sin duda se requiere una nueva generación de políticas públicas e industriales que contribuyan al empoderamiento de los miles de emprendedores sin estatus, pero también una nueva cultura que acepte la necesidad de democratizar y dignificar la empresariedad de todo tipo y tamaño, sin calificativos ni distingos por clases, estatus o niveles sociales.

Lo cierto es que la economía de mercado que genera felicidad a través del empleo, solo puede producir muy pocos empleos felices. El resto de los empleos mal pagados generan frustración, impotencia, conformismo y oportunidad de cambio político en cada contienda electoral. Lo ingrato del sistema de cosas es que, en general, hasta las familias creen que la falta de éxito de los

profesionistas se debe principalmente a la falta de capacidades de las personas o de las universidades, cuando la verdad oculta es que aún los mejores egresados, sobre todo aquellos que son primera generación universitaria de sus familias y no poseen suficiente capital social para relacionarse con su ámbito profesional, no tienen cabida como empleados bien pagados, ante las limitaciones sistémicas de las empresas para contratarlos. Ello genera que en conjunto, todos presionen los sueldos a la baja y que ante la desesperación personal y el cuestionamiento familiar acepten emplearse por sueldos mínimos, pensando que ello se debe a una mala formación universitaria. Nada más lejos de la verdad.



Así como socialmente invertimos enormes cantidades de dinero público y privado en capacitación de empleados, creo que también deberíamos invertir importantes recursos económicos en la construcción de sistemas nacionales y regionales de emprendedores. Este es el nicho de oportunidad más relevante que hoy

y a futuro tendremos los gobiernos locales, los organismos empresariales y las universidades, para que las comunidades y sus instituciones levantemos frentes ciudadanos para luchar contra la idea, ampliamente extendida a nivel social, de que salvo excepciones, todos los egresados universitarios nacimos y nos educamos para ser empleados. Al mismo tiempo y de manera positiva, podríamos empezar a construir acuerdos y procesos para que todos los universitarios egresen generando emprendimientos y empleos, aunque sea el suyo propio, para empezar.

A través de la investigación científica hemos aportado suficiente evidencia de que la promoción de la empresariedad genera más competencia; que más competencia genera mejores productos y precios, mejores empleos y una mejor convivencia social, haciendo fuerte el tejido económico que, por ser social y comunitario, no tiembla ni disloca cuando las grandes empresas multinacionales caen en crisis, o cuando presionan con fuerza política por los escasos recursos que poseen los gobiernos regionales.

Con mejores y más transparentes reglas para la empresariedad en todos los niveles no abatiremos el oportunismo que emerge de nosotros ante la posibilidad de tomar ventaja sobre los demás a cualquier costo, como suelen justificarse algunas conductas empresariales y gubernamentales, que insisten en que buscar la máxima ganancia justifica cualquier atropello humano, social o ecológico. Sin embargo, estoy seguro que, al menos, el oportunismo no se asomaría impunemente. La supervisión y el arbitraje en materia económica son vitales para que las leyes y normas funcionen para lo que han sido diseñadas. Resulta curioso que el arbitraje sea fundamental para regular la competencia deportiva, pero no la competencia económica. En un partido deportivo, a pesar de que todos los jugadores son profesionales y conocen a la

perfección las reglas, se requiere de una gran cantidad de árbitros que acompañan al árbitro central. Y ahora hasta las repeticiones se analizan para evitar posibles favoritismos o actos de corrupción disfrazados de distracción. Todo se hace para que los juegos se lleven a salvo de los defectos humanos que algunos excelentes deportistas no pueden controlar y los llevan a violar las reglas. En la privilegiada posición del sentido común, parece lógico preguntarse por qué lo que es tan sencillo de entender por toda la población en el ámbito deportivo, es tan difícil de organizar de manera amplia y mostrarse transparentemente en el ámbito económico.

Tanta sociedad como sea posible y tanto gobierno como sea necesario, no justifica la ausencia de gobierno para no interferir con las regulaciones propias del mercado, sobre todo cuando la diferenciación económica y social no permite el campo parejo para todos aquellos que sueñan con emprender para sí mismos y labrarse un futuro mejor. Es como si el partido de fútbol se realizara en una cancha inclinada y el equipo más fuerte y con más recursos estuviera los dos tiempos pateando para abajo y el más débil para arriba. Que importante papel podemos jugar las universidades en promover nuevas reglas del juego, con una visión de equidad social que apoyen a nuestros egresados.

Amartya Sen, Premio Nobel de Economía 1998, afirma en su famosa obra *El desarrollo como libertad* que cada vez que los más pobres y marginados no generen preocupación, ni motiven la capacidad de propuesta de la sociedad y las empresas, estaremos ante un problema de ética social que termina traduciéndose en más pobreza y marginación social, con los altos costos de inseguridad y violencia que todos como ciudadanos, tarde o temprano, terminamos por pagar. ¿Cómo reconstruir el entendimiento social de que el progreso de las comunidades requiere límites morales y que, a la vez, la duración de la estabilidad requiere cambios y emprendimiento?

En este contexto, el mayor reto en la formación de los jóvenes se encuentra en la necesidad de replantear la forma en que las instituciones educativas, las empresas y los gobiernos puedan trabajar de manera coordinada para promover el aprecio por la empresariedad, a la altura del tiempo que nos toca vivir. Las limitaciones que la globalización impone a la actuación del Estado en nuestras economías abren un gran margen de acción a actores regionales y locales, y nunca, como hoy, la educación tuvo un significado tan importante para las economías, como sustento de innovación, creatividad y aprendizaje.

Empecé mi relación de trabajo y amistad con la Universidad de Sonora asistiendo como secretario Académico de la ANUIES al rector Jorge Luis Ibarra, por encargo de mi querido amigo Carlos Pallán; y, luego, compartiendo emociones y retos con el rector Pedro Ortega, con quien construí una gran amistad que mucho valoro. En ese tiempo tuve la oportunidad de conocer a un simpático vicerector y ahora innovador e inspirador rector. La relación que hemos ido tejiendo entre las comunidades de economistas de la Unison y la UABC siempre fueron acompañadas con los colegas del CIAD y de El Colson. La influencia ha sido recíproca y a ello ha contribuido el talento de compañeros como Miguel Ángel Vázquez, *Lupita* García, Rafael Pérez Ríos y José Valenzuela. Sin embargo, reconozco y agradezco el talento y la disciplinada amistad de Benjamín Burgos, pues ha sido el tejedor incansable que ha permitido que siempre haya proyectos que sacar adelante en materia de investigación, publicaciones, exámenes, programas de formación, etcétera, manteniendo la vela del aprecio y compañerismo entre nosotros siempre prendida.

En 1942, recién terminada la secundaria, mi padre vino a Hermosillo desde Magdalena de Kino, a estudiar la normal por indicaciones

de mi abuela, doña Ana Verdugo. Sin plena conciencia de ello, se convirtió en universitario de la recientemente fundada Universidad de Sonora. El 30 de mayo de 1945 hizo su examen profesional y se tituló como profesor de educación primaria, a punto de cumplir los 18 años. Ese título hizo gran diferencia en su movilidad social, pues con él llegó a trabajar a Guaymas. Seguramente su título fue de los primeros en ser emitidos por la naciente Universidad y lo hemos conservado con mucho cariño y orgullo en la familia, pues cada vez que durante las sobremesas de la infancia se imaginaba nuestro futuro y hablaba de lo importante que era estudiar una profesión universitaria, siempre concluía que el saber de sus hijos haría su grandeza.

Hace poco más de 71 años que mi padre obtuviera el reconocimiento profesional de la Universidad de Sonora, de manos del

señor rector don Antonio Aztiazarán. El día de hoy, en la persona del Sr. rector y amigo de mucho tiempo, don Heriberto Grijalva Monteverde, la Universidad de Sonora me honra con el *Doctorado Honoris Causa* y generosamente me incluye en su claustro académico. En sí mismo es una gran distinción que acepto con mucha emoción y orgullo; pero por tratarse del alma mater de mi padre,



lo agradezco como el más bello obsequio que un hijo podría recibir. La deuda de gratitud con la amistad y propuesta de todos mis colegas y amigos del Departamento de Economía no tiene vencimiento.

A nombre de mi familia, especialmente de mis queridos hijos, Ana y Alejandro, que con gran cariño, dedicación y valentía han seguido los pasos profesionales de sus padres, establezco un profundo compromiso que me allega aún

más a la Universidad de Sonora, que sembró la semilla de la familia universitaria que ahora somos. Hago votos porque siga siendo la gran casa de estudios que cobije las ilusiones y sueños de nuevas generaciones de jóvenes sonorenses, para que contribuyan con su conocimiento y esfuerzo a construir comunidades más justas y emprendedoras, comprometidas con el bienestar de los demás. Por mi parte y siguiendo la tradición que mi padre iniciara en casa, seguiré insistiendo hasta el último de mis días, que el saber de mis hijos hará mi grandeza.



Dr. Alejandro Mungaray Lagarda,
Dra. Patricia Moctezuma Hernández
y Dr. Alejandro Mungaray Moctezuma.

Muchas gracias

ENTREGA DE *DOCTORADO HONORIS CAUSA*
POR EL DR. HERIBERTO GRIJALVA MONTEVERDE,
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SONORA

Distinguidos integrantes de la honorable Junta Universitaria, Dr. Alejandro Mungaray Lagarda, nuestro invitado de honor. Respetable público que nos acompaña. Muy buenas tardes.

“Todo gira en torno a la economía”, dicen algunos expertos en la materia. No es mi intención abrir un debate al respecto, pero si nos suscribimos a un mundo como el que nos ha tocado vivir, basado ampliamente en las relaciones de productividad que enmarcan conductas y condiciones humanas, acaso tengan razón quienes defienden dicha tesis.

La economía es, sin lugar a dudas, una manera vigorosa de ver y estudiar a la sociedad, que abarca un rango muy amplio de estudios y disciplinas para ofrecernos una ventana a través de la cual podemos escudriñar el pasado para esbozar los inicios de los sistemas de producción, sus razones, sus búsquedas y sus propósitos; nos permite visualizar el presente, vincularnos con las ciencias y trazar líneas teóricas para que nuestros descendientes puedan construir un mundo que apenas podemos imaginar, pero que deberá contener nuevas estructuras y relaciones socioeconómicas entre los diversos grupos humanos.

Esta es la especialización de nuestro galardonado: el Dr. Alejandro Mungaray Lagarda, economista de origen y con una formación colateral que lo convirtió en un verdadero líder, porque es producto de una educación integral y un espíritu fundamentalmente universitario que se abraza al lema: “Saber más para ser mejores”, y a quien este día le conferimos el grado de *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Sonora.

Es a través del intercambio y la cooperación interinstitucional que las universidades públicas, como la nuestra, pueden complementar y potenciar sus fortalezas y debilidades. Y en este rubro, el Dr. Mungaray estableció sólidos y muy productivos puentes de comunicación con nuestra *alma mater*, ya sea desde su plataforma de docente, como rector de una institución hermana o a través de las diversas responsabilidades académico-administrativas que se le han conferido en su desempeño profesional.

Las universidades gozan de la prerrogativa que les otorga su autonomía para reconocer públicamente a aquellas personas que han hecho aportes significativos y permanentes a la docencia, el extensionismo y la investigación, funciones sustantivas para alcanzar un desarrollo social sostenible. Y no hay mayor distinción universitaria que el otorgamiento del grado *Doctor Honoris Causa*, porque en ese reconocimiento se funde un homenaje a la persona y un agradecimiento a largos y fructíferos años de trabajo.

Su asignación deriva de múltiples criterios, para lo cual grupos de profesores e investigadores deliberan sobre el impacto y beneficio del desempeño del candidato, y la designación final es facultad única del Colegio Académico.

En el caso que hoy nos reúne, el órgano colegiado aprobó otorgar el *Doctorado Honoris Causa* al Dr. Alejandro Mungaray Lagarda, un sonoreense que ha trascendido con sus estudios y propuestas en el amplio campo de la economía; y su trabajo académico y de servicio público ha respondido a la búsqueda de los marcos teóricos que sustenten los satisfactores que la sociedad demanda para alcanzar mejores niveles de vida en la práctica.

El 12 de octubre de 1962, en ocasión del xx aniversario de la máxima casa de estudios de la entidad, se inició la historia de nuestro claustro de Doctores Honoris Causa, con la entrega del recono-

cimiento al Dr. Jaime Torres Bodet, en ese entonces secretario de Educación Pública, y en octubre de 2014 se entregó el más reciente, a la escritora Elena Poniatowska, primera mujer en ser reconocida con este grado honorífico por nuestra *alma mater*. Al día de hoy, solo se han otorgado 20 reconocimientos de esta magnitud.

Distinguimos hoy a un brillante investigador que ha contribuido a extender las fronteras del conocimiento en el campo de las teorías económicas, y a través de ese conocimiento ha procurado que la sociedad siga dando pasos en su vieja y legítima aspiración de alcanzar mejores niveles de vida.

Dr. Mungaray: la Universidad de Sonora quiere reconocer en usted una trayectoria ejemplar en lo científico y en lo humano. Nos sentimos orgullosos de contar desde hoy con usted en nuestro corto pero luminoso directorio de Doctores Honoris Causa, porque estamos profundamente convencidos del valor de su trabajo académico, de su generosa huella en el servicio público y de sus aportaciones al desarrollo de la sociedad, no solo de nuestra región, sino también de otras latitudes.

Su presencia entre nosotros debe fortalecer nuestro deseo de seguir fomentando la investigación en beneficio de la academia en lo teórico, y de la sociedad en lo práctico, porque su obra como docente y como estudioso de los movimientos económicos han ayudado permanentemente a construir una identidad cultural en el campo de los estudios de la economía y los temas que de ella se desprenden.

Para nuestra institución, este reconocimiento es fruto de una generosa combinación —honrar y sentirse honrado— fundada en la enseñanza, la educación y la investigación científica en esta región estratégica del país en el campo de la economía y los estudios sociales, ya que compartimos una línea fronteriza con el país más poderoso del mundo, económicamente hablando.



Familiares y amigos asistentes al evento.

La frontera tiene, como todo, dos puntos de vista válidos: nos une o nos separa. Quienes suelen ser pesimistas dicen que la frontera nos separa irremediamente. Quienes son optimistas —y la academia lo es por naturaleza— ven en la frontera un área de oportunidad para obtener información que suele ofrecernos explicaciones claras a nuestro ser y estar de este lado, y como podemos entender de mejor manera las relaciones bilaterales para obtener provecho de ello.

Nuestra Universidad, mencionada reiteradamente entre las diez mejores instituciones públicas de educación superior de México, y colocada como una de las 20 principales en un universo de 2 600 casas de estudio públicas y privadas del país, no sería lo que es sin el aporte de sus comunidades, en las que incluimos, por supuesto, a nuestro claustro de Doctores Honoris Causa que dan mayor prestigio a nuestra institución, el mayor patrimonio de los sonorenses.

Dr. Mungaray: desde hoy será Usted activo de una casa de estudios que día a día forma ciudadanía basada en valores institucionales, en el marco de códigos de ética y de conducta que trazan la vida de una comunidad universitaria íntegra e integral, responsable con su entorno y sensible a las demandas de la sociedad. Somos una institución que en el pasado reciente ha contado con Usted en el plano profesional, el institucional y, sobre todo, como amigo de muchos universitarios aquí presentes, que se sienten honrados con su deferencia y amistad.

Esta es nuestra Universidad, y a partir de ahora también será la suya, como lo es de todos aquellos jóvenes que buscan realizar sus sueños en esta casa de estudios, alcanzar sus metas y retribuirle a los suyos y a sus comunidades parte de lo que aquí han aprendido, y colaborar de manera infatigable en la construcción de un futuro mejor.

Ya el Dr. Rafael Pérez Ríos, director de la División de Ciencias Económicas y Administrativas, esbozó la trayectoria académica, profesional y de servicio de nuestro personaje, pero quiero compartir con ustedes mi apreciación personal sobre la calidad ética y moral de nuestro homenajeadado, pues muchos de los aquí presentes son testigos directos y beneficiarios de la bonhomía y la calidez humana que lo ha caracterizado en todos los cargos que ha ocupado en su largo transitar por la vida académica y productiva de nuestro país.

Las constantes de su trabajo académico —ser, conocimiento y sociedad— bien podrían representar la agenda de las modernas instituciones del saber, que carecen de fronteras y en las que nuestro homenajeadado ha colaborado, que en cierta forma ratifican su calidad de pensador abierto, siempre dispuesto a asombrarse con nuevos usos y costumbres. Esta vocación universal

ha marcado la habilitación académica y la vida cotidiana del Dr. Mungaray, una persona digna de encomio, pues lo mismo destina su energía y orienta su pasión a los temas económicos, que a formar recursos humanos acorde con los tiempos.

Quienes lo conocen han recibido de su parte no solo apoyo profesional, sino también el valor de la amistad. Discípulos y compañeros le reconocen la claridad de su pensamiento, la cordialidad, cercanía y comprensión ante todas las dudas, y el inquebrantable tesón para salir delante de todos los retos académicos. Por ello no es raro que sus antiguos discípulos sean hoy también sus grandes amigos. Con él han aprendido que la economía es una disciplina seria, que contribuye a conocer mejor ciertos problemas y realidades sociales, para ofrecer recomendaciones prácticas y puntuales que mejoren la vida no solo de las grandes empresas y gobiernos, sino de las empresas y los individuos.



Dr. Gustavo Rodolfo Cruz Chávez, rector de la UABCS; Dra. Gabriela Grijalva Monteverde, rectora de El Colson; Dr. Alejandro Mungaray Lagarda; Dr. Juan Manuel Ocegueda Hernández, rector de la UABC; Dr. Heriberto Grijalva Monteverde, rector de la Unison.

Finalmente, y esto es lo que marca la grandeza de una mente viva y brillante como la del Dr. Mungaray, procurar que las grandes teorías que propone la economía, beneficien a los ciudadanos de a pie.

Por este desempeño como científico y docente, por su esfuerzo permanente en transmitir y compartir el conocimiento, por su visión de formación integral, la Universidad de Sonora concede al Dr. Alejandro Mungaray Lagarda, el grado de *Doctor Honoris Causa*.

Muchas felicidades y muchas gracias.

UNIVERSIDAD DE SONORA
HERMOSILLO, SONORA, MÉXICO